



## ANGELA.

ACONTECIMIENTO HISTÓRICO.

A mi amigo D. Ignacio Rodríguez Galván.

### I.

Habiendo establecido los españoles su larga dominación en México, varias veces sus habitantes habían hecho esfuerzos, aunque inútiles, para librarse de ella. En el año de 1810, por la última vez, intentaron comprar su libertad á costa de los más grandes sacrificios: por todas partes había tomado incremento la revolución; mas en Santa Clara de Lerma vivían aún sus habitantes tranquilos y sin sentir los efectos de una guerra que muy pronto había de fijarse también allí.



En una de las noches de Diciembre, en que el cielo estaba sereno y sembrado de brillantes estrellas, cuando el frío era más riguroso y los habitantes dormían sosegados descansando de sus trabajos y recuperando sus fuerzas para los del siguiente día, el silencio que reinaba por todas partes era sólo interrumpido por los españoles que llegaban á aquel país que iba á presentar una interesante escena de guerra. Su confuso murmullo, el ruido de sus armas y el relinchar de sus caballos, turbaban la calma de la noche. Los vecinos se pusieron en movimiento y recibieron en su seno á los defensores del gobierno español, que desde entonces hicieron aquel uno de los lugares de su residencia.

Hacia algún tiempo que Don Juan Velasco vivía allí gozando de las ventajas del campo en medio de su familia y de las caricias de Angela, criatura interesante y bella, á quien desde su más tierna edad había adoptado por hija.

Pasado habían diecisiete años desde que los cielos reflejaron en la tierra aquel rayo de su divinidad: brillaba en el rostro de la joven la hermosura, á la par que la pureza y la sensibilidad en su alma. Un deseo agitaba continuamente su tierno corazón, y éste era el de conocer á sus padres: idea que ocupaba sin cesar su pensamiento; y los amargos sentimientos que solía excitarle, retrataban en ella la imagen viva del

dolor: sus lánguidas miradas anunciaban la melancolía que derrubiaba su alma; mas un sentimiento de gratitud hacia los que la habían adoptado, se levantaba en su corazón, dulce como la esperanza del bien futuro, y las daba un aire apacible y melancólico que las hacía interesantes é irresistibles.

Uno de los jefes de la expedición, el capitán S. . . ., pasó á la casa de Velasco, con el objeto de recibir una mejor asistencia: era hombre de cuarenta y tantos años; su robusta naturaleza no dejaba conocer fácilmente su edad; sus miradas traidoras y la amarga sonrisa que se le escapaba muchas veces, bien contra su voluntad, dejaban conocer la doblez de su alma y sus malignas intenciones.

No podía menos de interesar la joven Angela, y sus tímidas miradas se grabaron en su alma causándole una impresión profunda. Hacía mucho tiempo que los sentimientos de amor se habían desterrado del pecho del guerrero; mas en esta vez, una llama que los sucesos pasados tenían casi apagada, se levantó con ardor y abrasaba su pecho más y más en cada momento que pasaba. La esbelta figura de Angela, su negra cabellera que ondeaba en su blanco cuello, sus lindísimos ojos, también negros, y la sonrisa angelical que modesta asomaba en sus labios, le retrataban el primer objeto de sus amores. Desde que sus ojos se fijaron en las lánguidas y hechiceras miradas de



Angela, su pecho palpó con la fuerza que solía en los días preciosos de su juventud, y unos pensamientos confusos lo ocupaban, á su parecer, sin desearlo; la espada temblaba en su mano, y la muerte le espartaba sólo al imaginársela. Los días se deslizaban veloces, y su existencia en ellos era un sueño delicioso de halagiueñas ilusiones que adormecían su corazón.

Un día salió Angela al campo, su alma estaba embebida en los más gratos pensamientos; el aspecto risueño que el magnífico cuadro de la naturaleza ofrecía á su vista, no era suficiente para atraer sus miradas distraídas. Los moribundos rayos del sol herían por la última vez en las hojas de los árboles que presentaban el verde más hermoso; la ligera brisa de la tarde mecía blandamente las débiles ramas que cedían á su lánguido impulso; algunas aves volaban rápidamente, como los instantes de la vida, para abrigarse en sus nidos del frío helado de la noche, y las negras sombras de ésta se precipitaban obscureciendo la tierra y anunciando á los mortales el silencio y el reposo. Iba Angela cubierta de un vestido blanco que el aire agitaba suavemente; un lienzo azul de seda cubría su cabeza y parte del rostro; sus pasos majestuosos la daban un aire noble y de respeto, al mismo tiempo que aumentaban su idealidad y belleza: parecía la imagen del astro luminoso que preside á la noche.

Un hombre envuelto en una capa, y á quien la luz misteriosa del crepúsculo de la tarde no dejaba conocer, se acerca á ella y la saluda con cierto aire de gravedad; entonces vió que era el capitán S. . . . quien le hablaba: ella le contestó con la afabilidad que le era genial; el capitán le ofrece acompañarla, y ella cede no pudiendo resistir más tiempo á sus instancias. Por un rato la conversación fué indiferente; mas después el capitán la dirigió al único objeto que por su parte debía tener; y luego con la expresión vivísima de un amor naciente, estrechando con ardor una de las manos de Angela, que ella retiró con violencia, le dijo:

—Yo amo á vd.: su bellísima imagen habita en mi alma, y su recuerdo me sigue aún en sueños. ¡Feliz, feliz mil veces yo si mi amor llega á alzarse dulcemente un instante en el corazón de vd.! Cuando mi alma está enagenada con el placer que le causa esta idea, yo soy entonces el más dichoso de los hombres; olvidado de la gloria y de los demás placeres que me pudiera ofrecer la vida, sólo pienso en el amor. En él bebo el deleite que jamás me causaría ni la posesión del más querido de los bienes que no fuera el amor de vd. Le gozaré, sí. . . . no lo dudo: llamaré á Angela, mía. . . . dormiré en el sueño de las ilusiones más gratas de la vida: la adoraré y me llamaré fe-



liz. ¿Alcanzaré, Angela, tan suprema felicidad?

—Señor, le contestó ella ruborizada, nunca podría yo responder á esa pregunta, y mucho menos sin el consentimiento de mis padres: extraño que vd. me hable en ese lenguaje que nunca le he facilitado ni con las más insignificante de mis acciones. Yo no puedo amar á vd., y es cuanto vd. desea saber de mí, según entiendo.

—¡Cómo! le replicó el capitán, ¿tiene vd. la crueldad de decirme que no me ama, y de desterrar de mi alma la esperanza más lisonjera que la enagenaba? No, ¡imposible! Acaso vd. se figurará lo mucho que me atormenta esta idea, y variará su resolución. Piénselo vd., Angela, y haga mi felicidad amándome.

—Es en vano que vd. se empeñe en que mis labios digan lo que mi alma no siente; yo no amo á vd., ni depende de mí el amarlo; y sobre todo, le suplico á vd. no hable más de su amor, no debo oírlo, ni deseo causarles á mis padres el disgusto consiguiente á este hecho.

—Bien, Angela, si el temor de disgustar á sus padre contiene á vd. para darme una resolución afirmativa, ofrezco hablarles esta misma noche sobre el particular: ellos no me negarán su consentimiento, estoy seguro de ello, y vd. podrá ya decirme sin temor lo que sienta con respecto á mi pretensión; y espero, Angela, que la resolución

de vd. no me haga más desgraciado de lo que soy.

—Señor, le he dicho á vd. que la consideración de mis padres, sería un motivo más para no condescender con lo que vd. me exige, pero no el único; el principal es que yo no amo á vd. ni puedo amarle.

—¿Con que no me queda otro remedio que ser desgraciado? ¿He de sufrir el desprecio de vd., y me he de conformar con su aborrecimiento? ¡No, jamás! dejaré primero de existir, que llevar sobre mí el peso de una vida que aborrezco.

Decía esto el capitán cuando precisamente llegaban á la casa de Velasco. Angela vió en ella un puerto de salvación que la ponía á cubierto de la borrasca espantosa que se había levantado en su seno; sus ojos tenían una expresión más viva, sus mejillas estaban pálidas y marchitos sus lábios, la respiración era violenta, y la agitación que experimentaba la privaba del reposo á que estaba acostumbrada.

## II.

D. Julio de la Rosa era un joven de veinticinco años, sus costumbres eran sencillas y arregladas, como las que se adquieren desde la infancia lejos de la corrupción de las cortes: dos sentimientos abrigaba en su



pecho, el amor á Angela, á quien adoraba y había conocido desde niña, y su pasión á la libertad, cuya causa había abrazado con ardor. Hacía algunos días que no iba á ver á su Angela; la fatal nueva de que el capitán S. . . . había ocupado á Lerma con el mando de las tropas españolas, le privaba de la esperanza de ir á verla; esta idea lo entristecía y amargaba su vida.

—Iré á verla, la estrecharé entre mis brazos, se decía á sí mismo: es imposible que pueda vivir tranquilo lejos del único objeto que amo; y mucho menos temiendo que un desgraciado descubrimiento la separe de mí para siempre. Iré, sí, y procuraré evitar su desgracia y la mía.

Esta resolución le causaba placer, y no dudaba ponerla en ejecución. Su corazón aún no presentía todos los males que le amenazaban; esperaba el infeliz vivir satisfecho del amor de su Angela, y llegar un día, el más suspirado de su vida, á unir su mano con la del ángel que adoraba, á estrechar su pecho contra el suyo y á gozar de los encantos que por todas partes le ofrecían su imaginación y sus deseos.

Al día siguiente se dirige á Lerma y llega allí en la tarde; procura ver á Angela, y lo consigue en efecto; le dice cuánto ha suspirado lejos de ella, la pena que le causa pensar que las circunstancias políticas puedan hacer que deje de verla, y acaso para siempre. Angela suspira y le dice cuan-

to ha sucedido durante su ausencia, lo mucho que teme que sus padres la unan con un hombre que ya detesta.

—El capitán S. . . ., le dice, es hombre muy astuto, ha sabido con hipocresía ganarse el afecto de mis padres, y ellos no dudan unir mi suerte á la suya: mi resistencia sola me ha salvado en esta ocasión; mas quién sabe si después podré oponerla, y yo seré una víctima sacrificada á la obstinación de ese bárbaro.

Julio se sorprende, el mundo es otro para él: en tan pocos días; qué diversa es la suerte que le aguarda! aquella tierra por la que antes suspiraba tanto, es ya una mansión de horror que abriga en su seno su mayor desgracia. Las halagiueñas ideas que con tanto placer se imaginaba, se tornan en ideas destrozadoras de dolor. Después de meditar un rato, estrecha á Angela entre sus brazos, toma una de sus blanquísimas manos, le imprime mil ósculos de fuego, y luego le dice.

—Angela mía, tú me amas; ¿no es verdad? Conmigo donde quiera te llamarías feliz, y mi vida sin tu amor sería un suplicio: prométe seguirme y buscaremos la dicha en el más obscuro rincón de la tierra lejos de este país abominable que es testigo de mi desdicha, sígueme. . . . sígueme y seremos felices. . . . ¿No respondes, Angela. . . . ¿Dudas hacerme una promesa que el amor y el deber te exigen? . . . .



—¡ Ah, le dice Angela, cómo he de abandonar á mis padres! ¡ Cómo he de ser ingrata con los que me dieron el ser! No ¡ imposible! díles tú que me amas, yo les diré también que eres el objeto de mi amor, que sin tí seré infeliz y que contigo sólo deseo unir mi suerte; ellos entonces cederán, no lo dudes; te quieren tanto como si fueran tus padres, y no querrán sacrificarnos por complacer al capitán S....

—¡ Ay, Angela, qué distante estás de conocer lo peligrosa que sería una declaración semejante! Ese capitán S.... es mi enemigo, me conoce mucho; alguna vez humillé su natural orgullo, y es imposible que sufra que yo, rival suyo, triunfe de él y le arranque lo que más ama. Importa mucho que no sepa que he estado contigo, que te amo, y á dónde me voy; sus fuerzas son muy superiores á las mías, y yo y mis compañeros seremos perdidos. Sobre todo, resuélvete, y huiremos de aquí, es el único medio de salvarte.

—No, Julio, al huir contigo cometería un crimen, y tú no sufrirás que tu Angela por esta condescendencia, perdiera su honor que hoy es su única riqueza, su solo bien.

—¡ Un crimen! ¡ un crimen querer salvarte! repetía Julio: es crimen mayor, Angela, el que te aguarda, y es el exceso de la crueldad abandonar al dolor y á la muerte al infeliz que no ha sabido más que adorarle. ¿ Sabes, Angela, que comienzo á for-

mar una sospecha que me devora? Si, si llego á confirmarla, me hundiré para siempre en un profundo abismo.... ¿ Tú lloras?... ¿ Es el amor ó la triste compasión lo que arranca tus lágrimas?

—¡ Cruel! no querer manchar mi reputación huyendo sola contigo, y respetar el sentimiento de las gentes que más quiero en la tierra, es un motivo de sospecha para tí?... Yo te amo, Julio, estoy satisfecha de que tú también me amas; pero estoy cierta al mismo tiempo de que me aborrecerías después de una debilidad tan reprensible.

—Dices bien, Angela: perdona mi imprudencia.... te he ofendido; pero el exceso de mi amor me ha obligado á decirte lo que mis labios no volverán á repetir.... me avergüenzo yo mismo de haber abrigado un proyecto indigno de tí; mas sin embargo, es preciso que salgas de tu casa: irás á estar oculta unos días en la casa misma de mi madre; jamás pisaré yo ni sus umbrales sin tu consentimiento, y tú saldrás acompañada de Juana, que sabe nuestro amor, que es incapaz de vendernos, y que merece la confianza de tus padres. ¿ Accederás á mis deseos? Ya no se compromete tu honor como sucedía huyendo sola conmigo.... ¿ Lo dudas aún?... entonces no volverás á verme.

—¡ Me pides un sacrificio tan costoso!



exige mejor mi vida, por tí la perderé gustosa....

—Pues no hay remedio, Angela, tú y yo seremos infelices supuesto que así lo quieres; desde este momento dejaremos de vernos para siempre.... Adiós... Adiós, Angela....

—¡Julio! le contestó bañada en llanto, iré á tu casa bajo las condiciones que tú mismo has puesto; cumplo tus deseos dándote en esto la mayor prueba de mi amor.

—Pues bien, Angela, esta noche á las doce todo estará dispuesto; saldrás con Juana y yo te aguardaré á poca distancia de tu casa para conducirte á la mía. Adiós, el tiempo vuela, y se trata de tu seguridad.

Julio se va precipitado para su casa, ve á su madre, la abraza y acerca con respeto sus labios á una mano descarnada y trémula de la que le había dado la vida.

—Madre mía, vd. sabe lo mucho que amo á Angela; separado de ella y con un rival que me la disputa con ardor, y tiene ganada su familia, la perderé sin remedio; y aun no es esto lo único que me aflige: mi rival es su propio padre; él mismo lo ignora, y yo no puedo hacérselo saber á causa de la enemistad que nos separa.

—Pero y bien, le contestó su madre, siendo cierto que tu rival es su padre, debes estar seguro de que nunca podrá enlazarse con Angela; y si tú por tus circunstancias

no puedes decírselo, lo haré yo misma, ó nos valdremos de otra persona que pueda hacerlo.

—¡Ah! no, si él llegara á entender que era su padre, haría uso de los derechos que tiene sobre Angela, y jamás permitiría que fuera esposa de un rival, de un enemigo suyo.

—¿Y quién es el rival que te causa tantos temores?

—Es el capitán S....

—¿Y estás cierto de que es su padre?

—Ninguna duda tengo de esta verdad: sujetos dignos de fe y que lo han conocido hace mucho tiempo, me han asegurado que abandonó á su mujer, con Angela aún muy pequeña, que se fué del reino; y á poco tiempo murió la madre de Angela en un país extraño, sin parientes y en la mayor indigencia, dejándola recomendada á una amiga suya, de donde vino á la casa de Velasco.

—¿Y qué piensas hacer supuesto que no quieres que el capitán sepa que es padre de Angela?

—Pienso.... traerla con vd. sin que nadie más lo sepa,irme yo, y aguardar á que las cosas varíen para descubrir la verdad á los que hoy reputa por sus padres, y conseguir por ellos permiso para unirme con Angela.

—¿Y ella está pronta á vivir conmigo?

—Sí, á las doce de esta misma noche la



conduciré aquí, sin más compañía que una criada de toda nuestra confianza.

La madre de Julio no pudo menos que acceder á todo, temiendo tal vez una desgracia consiguiente á la pasión y genio fogoso de su hijo.

Angela, después de su entrevista con Julio, se fué á su casa: al llegar á ella no sintió ya aquel placer que experimentaba á la vista de sus bienhechores; procuraba ocultarles sus miradas temiendo que sus ojos revelasen el secreto que su pecho ocultaba. Eran las ocho de la noche cuando se retiró á su cuarto; se recostó en su cama fatigada de la lucha que pasaba en su alma; en vano habría querido conciliar el sueño, una fiebre parecía que la atormentaba, y un fuego abrasador corría por sus venas; la cama aumentaba su molestia, y por otra parte la inquietud que le causaba la idea dolorosa de su separación, la obligaba á variar continuamente de postura. Se acercó á una ventana que estaba á un lado, y comenzó á respirar allí el aire fresco que tanto apetecía. Los pálidos rayos de la luna bañaban el suelo con su luz opaca, y disipaban las horribles sombras de la noche: los acentos tristes de las aves nocturnas turbaban la calma de aquel sitio solitario. Alzó Angela su bellissimo rostro al cielo que se ostentaba magnífico y esplendente, cual el trono de Dios. Sus ojos, humedecidos por el llanto, recorrían la vasta extensión del cielo y parecían perderse en su inmensidad:

contemplaba absorta la luz apacible que lo iluminaba; mas repentinamente un torrente impetuoso de ideas la venía á sacar del placer que le causaba el espectáculo que llamaba sus miradas; tan pronto se veía en los brazos de un amante que adoraba, gozando de las delicias de su amor, como se figuraba el pesar que iba á amargar á sus padres cuando supiesen su fuga; temía no verlos ya alguna otra vez, y entonces se proponía firmemente no abandonarlos y prescindir mil veces de Julio. En sus arrebatos de entusiasmo y de dolor, besaba la tierra que sus padres habían pisado, les dirigía súplicas para que la perdonasen, como si sus apagados acentos pudiesen llegar hasta el lecho sosegado en donde gozaban del sueño. Su pensamiento volaba rápido sin poderse fijar en un objeto, y su alma era víctima de la inquietud y agitación que la atormentaban, cuando un ruido sordo vino á despertarla de este sueño tormentoso, se abre la puerta de su aposento y un bulto se va acercando hacia ella; al llegar casi donde estaba, en voz baja y trémula pregunta:

—¿Quién es?

—Soy Juana, respondió la persona que había entrado, todo está dispuesto para nuestra fuga, D. Julio nos aguarda al fin de la calle real, y espera que salgamos de aquí sin dilación para evitar cualquiera contra-tiempo.